

EL LADRÓN

[Padilla estaba convencido de que el hombre tenía una infinita capacidad para soportar toda clase de desgracias. De hecho, él era un buen ejemplo. Feo, abandonado por la única mujer que con interés amoroso se le había acercado en su vida, y malviviendo en un cuarto de pensión [que olía a legumbres y a esmalte de uñas], Padilla dedicaba sus días a buscar algo de acomodo, y a luchar por la vida con una fuerza más bien escasa] pero que lograba regenerarse en cada [amanecer]. Se sabía avanzando por la cuerda floja pero, eso sí, con la barbilla en alto, para evitar el influjo del abismo que le tentaba sin [cesar.] |

Además de [escribir interminables notas para un libro] con el que pretendía acometer el tema del plagio como salida a escritores que, con los años habían perdido la capacidad de fabular, Padilla pasaba sus horas dedicado a la limpieza, a despojar concienzudamente la alfombra o la tapicería de restos de fibra a los que era muy [alérgico].

Estaba convencido, también, de que no iba a ganar la partida de ajedrez, un interminable reto con un vecino de cuarto que aprovechaba cualquier descuido para robarle las naranjas o algún bote de melocotón. El destino, en fin, le había dado la espalda, y era cosa de seguir aguantando el embate de la mala suerte.

Aquella tarde se encaminó hacia una céntrica cafetería para dar la clase a un alumno del que cada vez estaba más harto. Cinco años atrás, cuando aún eran tiempos [de cierto esplendor], un individuo indeciso y amarillento se había presentado en su casa para pedirle que le ayudara a escribir una carta. Padilla no vio ningún problema en ello, y menos aún cuando el hombre estaba dispuesto a pagarle lo que fuera. Quedaron en verse cada quince días durante los cuales el alumno trabajaba la sintaxis, las conjugaciones verbales y las normas de cortesía epistolar.

Comentario 1: El olor de la pensión es algo tópico.

Comentario 2: Falta coma

Comentario 3: Frase excesivamente larga. La sucesión de subordinadas quita toda fuerza narrativa al relato. Mejor dividirla en dos o tres frases cortas, que comuniquen una sola idea y que consigan un mayor impacto. La descripción de la habitación, bastante evocativa en la clave de humor que parece tener esta narración, queda debilitada.

Comentario 4: Utilización excesiva de lugares comunes. La poética dudosa de este párrafo podría sugerir dos posibilidades: una narración deliberadamente "kitsch" o el simple mal gusto. Para entrar en el primer terreno, que puede ser perfectamente válido, las imágenes deben tener cierta originalidad, pero ésta es inexistente en frases como: "el influjo del abismo que le tentaba..." o "con la barbilla en alto".

Comentario 5: Frases muy largas y sin acciones originales en todo el primer párrafo

Comentario 6: Tópico del libro interminable.

Comentario 7: Aparece el mismo problema: frases poco contundentes y utilización de lugares comunes.

Comentario 8: Concretar ese "esplendor". Así no significa nada. Y es un tópico.

Cinco años después] redactaba mejor que su maestro] | pero había olvidado por completo a quién y aquello que quería contar. Así que seguían con sus clases, buscando en los entresijos de su alma sentimientos o sucesos dignos de ser narrados, y reconstruían recuerdos con la intención de identificar a la persona que le había llevado a emprender semejante [empresa].

Pero hacía más de dos años que el tipo no le pagaba y Padilla no entendía muy bien por qué seguían viéndose.

Dio su clase entregado a fondo a la lección y cuando el alumno se fue, [Padilla] se sintió más tímido que nunca. No solo porque una tarde más el [hijoputa] conseguía escaquearse de pagar los cafés con la dichosa frasecilla de "Hoy te toca pagar a ti ¿verdad?], sino porque comprobaba su propia falta de límites, su paciencia enfermiza y su [soplapollez] |infinita].

Moviendo la cabeza como si se dijera no escarmientas, Padilla, no escarmientas, se acercó al mostrador para pagar la [consumición]. Mientras esperaba ser atendido vio que en el suelo, medio enterrado entre servilletas arrugadas y cáscaras de cacahuetes, había un monedero de señora.

Sin una sola duda se agachó para cogerlo y entregárselo al camarero. Seguramente la dueña no tardaría en darse cuenta del extravío y volvería a buscarlo.

Lo acababa de coger cuando oyó gritar desde la puerta del bar. ¡Ladrón! ¡Al ladrón que me ha robado el [monedero]!

Padilla supo que también esto iba a aguantarlo. Y que todos le miraran. Y los insultos y los empujones de una mujerona que le agredía con unas inmensas tetas embutidas en un suéter negro. Y el calambre que le producía tener el brazo en alto con el monedero como si estuviera mostrando a todo el mundo el objeto de su [delito].

Comentario 9: Falta coma

Comentario 10: Falta coma

Comentario 11: Poética dudosa: "entresijos de su alma..."

Comentario 12: El sonido "illa" se repite mucho en este tramo: Padilla, frasecilla....

Comentario 13: Fuera de tono

Comentario 14: Falta cierre de comillas

Comentario 15: Fuera de tono

Comentario 16: Correcciones debidas a falta de concordancia

Comentario 17: Se recurre al discurso directo y se omiten los signos distintivos (comillas), es decir que el lector debe participar activamente al identificarlo y entenderlo como tal, como hace Cortázar en "La señorita Cora" por ejemplo. La cuestión es que tal vez no es pertinente utilizar en un mismo capítulo ambas posibilidades: discurso directo claramente señalado y discurso directo no señalado, en favor de la armonía y unidad de estilo

Comentario 18: Signo invertido

Comentario 19: La misma duda con estas dos últimas frases que en el comentario 17

Comentario 20: Aquí observo una sucesión de frases que deberían tener sentido por sí solas pero que no lo tienen, "Y que todos le miraran", por ejemplo. En teoría esto es gramaticalmente un error (al menos eso parece), sin embargo se suele aceptar en favor del estilo. Este puede ser un asunto interesante para el lector. Hasta qué punto se puede ser flexible en cuestiones gramaticales, qué concesiones son permitidas. Ver

Se sintió rodeado por gente que le aturdió con sus voces. El camarero [desde] detrás de la barra le preguntaba con malos modos si el monedero era suyo. [Y, claro,] Padilla, que seguía con la mano en alto, respondió que no.

Y s[upo] que también podría soportar la presión de las miradas, la sonrisa del camarero, los gritos de la dueña pidiendo que llamaran a la policía, diciendo que seguramente el muy cabrón la había seguido desde el despacho del notario, porque resulta que precisamente acababa de cobrar un cheque al portador de quinientas mil [pesetas].

Y fue entonces cuando creyó ver una [baliza que le impedía la marcha], [una sombra más grande que él]. [Las piernas le invitaban a desplomarse] mientras unas lágrimas extrañadas empezaron a rodarle por [sus] mejillas. La gente que le rodeaba se había girado hacia la mujer para seguir mejor las explicaciones, para enterarse de cómo ella había sospechado que la venía siguiendo.

Padilla notaba ahora una presión en el pecho, el codo de alguien que le empujaba hacia atrás. [Y] fue reculando, cediendo a la fuerza que le repelía, los cuerpos que le expulsaban en su afán por oír de primera mano lo que la mujer no dejaba de relatar, sintiendo que la libertad le esperaba a su espalda, que la puerta se abría, que el destino, al fin, se apiadaba de su persona y le mostraba una calle algo mojada que le invitaba a correr.

[No dejó de hacerlo hasta llegar a su casa] y subió las escaleras con la respiración sobresaltada. El monedero latía en su mano como un segundo corazón.

Sin más, me pongo a escribir un nuevo borrador. Voy a tratar de incorporar estas reflexiones a la historia, pero sé que mi trabajo no acaba tampoco en esta segunda versión. Una nueva lectura, una nueva reflexión y vuelta a empezar.

Comentario 21: Quitar y poner comas

Comentario 22: Innecesario. Ese "claro" se sale del tono

Comentario 23: No es recomendable comenzar una frase con una conjunción.. Si se abusa resulta repetitivo y estridente

Comentario 24: Evitar la utilización excesiva de "y" en esta zona

Comentario 25: Término marino que no corresponde al mundo del relato

Comentario 26: Además, las balizas son pequeñas

Comentario 27: Raro: las piernas no invitan a desplomarse

Comentario 28: Mejor "las" en vez de "sus"

Comentario 29: De nuevo muchas frases comienzan con "Y". Resultan muy machaconas

Comentario 30: Expresión rebuscada, e incorrecta. Mejor punto y verbo en forma personal: "Subió..."

Segunda versión

PADILLA

El estruendo en la calle iba a más y Padilla terminó por abrir la ventana del baño y asomarse, con media cara tapada por la espuma de afeitar. Un coche se había estrellado contra una acacia y la gente sacaba en ese momento al conductor. No parecía estar herido, pero lo tendieron en el suelo y lo taparon con una manta. El árbol no había tenido tanta suerte. Una de sus ramas se había quebrado y cortaba la calle.

—Muévete, gilipollas, ¿te quieres mover de una vez, maricón de mierda?

Un policía había sacado su porra y se dirigía hacia el conductor de un Renault rojo que acababa de insultarle, cuando los golpes en la puerta del baño obligaron a Padilla a ocuparse de su barba.

—¡Ya voy! Que no pueda nunca acabar tranquilo...

Se limpió de prisa los grumos de espuma que le colgaban del bigote y abrió la puerta para evitar que entrara Francisca, que estaría ya a punto de usar su llave maestra.

—Qué prisas, oiga, todos los días igual.

—Todos los días igual, ustedes. ¿Es que no saben que hay otros huéspedes que tienen que irse a trabajar? Ande, salga de una vez, que hay un hombre que pregunta por usted.

—¿Por mí?

Cuando Padilla entró en el salón encontró a un tipo muy grande, tanto que su cuerpo ocupaba más de la mitad del tresillo. Manoseaba un llavero como si estuviera nervioso y se puso en pie al verle entrar.

Padilla solo había visto en las revistas a un hombre tan musculado.

—Necesito que me enseñe a escribir. Tengo que escribir una carta.

—Se la puedo escribir yo.

—No, tengo que hacerlo yo. Y me urge.

—Es que enseñarle a escribir es cosa de mucho tiempo y ahora no puedo. Estoy acabando un libro y también me urge entregarlo. El editor...

—¿Un libro?, ¿usted escribe libros? Pensé que era maestro. ¿Y de qué va?

—Sobre el plagio, el fraude, ya sabe, hacer creer a los demás que se es lo que no se es. Lo siento, pero no voy a poder ayudarle.

—Qué faena, tenía que escribir...

—¿A quién...?

—Hace mucho que sé que tengo que escribir esa carta.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo ayudarle.

—A mi padre, es una carta que tengo que escribir a mi padre.

A Padilla le pareció que el hombre de pronto perdía altura. Las manos aún jugaban con un llavero de cobre que parecía la llama de la Estatua de la Libertad. Se había quedado callado, ahí, en medio del salón, quieto, mirando sus manos, el llavero, esperando.

—Venga, quizá no nos lleve tanto tiempo, después de todo. Los martes tengo un rato libre por las tardes —Padilla se sorprendió de oír su voz.

—No sabe cómo se lo agradezco. Aquí estaré como un clavo.

—No, aquí no. Mejor en un bar —apuntó la dirección en una libreta que había junto al teléfono—. Sobre las cinco. Está al otro lado del puente, suele estar tranquilo a esas horas.

A partir de ese día se encontraron todos los martes. Se sentaban en un rincón del local, ajenos a los demás clientes, y el alumno mostraba a Padilla folios y folios de letras torpes que, poco a poco, fueron enderezando su trazo.

Un día, Padilla lo felicitó por su entusiasmo y el hombretón se derrumbó sobre la mesa deshecho en lágrimas. Instintivamente trató de animarlo y se le acercó y le palmeó el hombro. El tipo tenía los ojos muy pequeños y enrojecidos, pero no parecía incómodo. A las palabras de ánimo asentía sin más. Padilla sabía que su papel de

maestro también incluía eso, sobre todo cuando se trataba de alguien que estaba poniendo tanto interés por aprender.

—¿También usted es de la Dolorosa? Mi madre era de la Dolorosa. Pobrecita.

La medalla se le había salido por la abertura de la camisa al hacer el gesto de acercarse al gigante.

—No, es solo un recuerdo —Padilla escondió la medalla en su lugar.

—De su madre. La mía murió de pena. Ese cabrón nunca la respetó.

Durante esas semanas Padilla sintió muchas veces ganas de preguntarle por el contenido de la carta. Pero no terminaba de atreverse, a pesar de que su alumno iba cogiendo tanta confianza que ya había empezado a tutearlo.

—¿Y tú no tienes nombre?

—Sí, pero todo el mundo me llama Padilla. Ya mi padre me llamaba así.

—Y me quejo yo del mío, pero también debía de ser raro el tuyo, eh, llamar a un niño como si fuera un empleado de gasolinera. ¿No sería escritor también?

—No, era militar.

—No me digas más, os tendría firmes.

—Sí, firmes y siempre con miedo a que nos torciéramos.

—¿También a ti te pegaba?

—Una vez me dio una paliza que casi me mata. Me pilló con el bolso de mi madre. Me gustaba mucho jugar con sus cosas. Aún lo veo en la puerta gritándome que soltara el bolso.

—¿Cuándo vamos a empezar a escribir la carta?

—Pronto, aún tienes que aprender a separar bien las palabras.

—¿La semana que viene tú crees que podremos empezar? Estás mejor sin bigote, sabes, pareces más joven.

Se acordó de este comentario cuando una mañana salió de la ducha y vio su cara difuminada por el vaho en el espejo del baño. Le pareció ver el rostro de su madre. En los ojos se parecían. Y ahora que estaba más delgado, también en la curva del la barbilla.

Ese día tuvo que avisar a su alumno para suspender la clase. Algo le había sentado mal y prefería no salir de casa. Pero durante la conversación cambió de idea. Lo notó decepcionado y ansioso. Le habían llegado noticias.

—No quiero que se muera sin que lo sepa.

Cuando Padilla llegó al bar ya estaba allí su alumno. Estaba muy excitado y le mostró, con cara de súplica, las páginas escritas.

—Es que no puede morir sin saberlo. ¿Me entiendes? Tenemos que escribir y la carta.

—¿Qué vas a decirle?

Una mujer salió sofocada del bar, como si acabara de enterarse de una mala noticia. Algunos clientes se asomaron para verla alejarse. Reían. Desde la ventana también él la veía.

—Que fui yo. Que el autógrafo de la Sarita Montiel se lo rompí yo. Que no fue mi madre. Siempre presumiendo de cómo la había conocido. Se lo hubiera dicho entonces, pero ella no me dejó. No me importaba que me moliera a palos, pero no me dejó. No puede morir sin saberlo. Yo no podría vivir si se muere sin saber cómo lo odiaba. Nadie puede escribir esta carta por mí. Y tenemos que hacerlo hoy.

Padilla no sabía qué decir. Se le quedó mirando sin saber muy bien qué decir. Sintió un escalofrío y unas ganas horribles de vomitar, pero no dijo nada. Luego, hizo señas al camarero para que se acercara. Cuando le trajo la manzanilla, protestando por tener que servirle en la mesa, ya estaban haciendo el primer borrador de la carta.

Casi una hora después, Padilla vio a su alumno alejarse por la acera. Le pareció que todo temblaba a su paso.

Aunque eran las siete de la tarde, parecía noche cerrada. Le apetecía poco salir a la intemperie, pero se puso el abrigo y se acercó a la barra para pagar. A esas horas ya había mucha gente en el bar y le costó trabajo abrirse paso para que le atendieran. Mientras le cobraban miró el suelo sin mirar y le pareció ver, entre servilletas y cáscaras de cacahuetes, un monedero. Se agachó a cogerlo y se acordó de la mujer que un rato antes había salido corriendo.

Lo estaba abriendo para ver si había algún dato de su dueña, cuando desde la puerta del bar oyó sus gritos:

—¡Ladrón! ¡Suelta eso de tus manos! ¡Es mi monedero! ¡Me ha robado el monedero!

Padilla pensó que su estómago le estaba jugando una mala pasada, y aunque todos le miraban y le aturdíaban con sus voces, sus ojos no podían apartarse de aquella boca, que de pronto le resultó tan familiar, y que no dejaba de gritarle. Le dolía el brazo de tenerlo en alto mostrando el monedero, pero la gente le aprisionaba de tal modo que no podía bajarlo. La mayoría se había girado hacia la mujer, que estaba ya junto al corrillo que le rodeaba, y había empezado a explicar cómo la habría seguido hasta el bar desde la notaría, y cómo, después de robarle el monedero, se habría hecho el remolón en el bar para que nadie sospechara. Pero a ella no se le olvidaba una cara. Que había vuelto porque solo podían habérselo robado allí. Que en cuanto lo vio supo que no era de fiar.

Padilla notaba ahora una presión en el pecho, el codo de alguien que le empujaba hacia atrás. Y fue reculando, cediendo a la fuerza que le repelía, los cuerpos que le expulsaban en su afán por oír de primera mano lo que la mujer no dejaba de relatar. Sintió el aire fresco a su espalda, que la puerta se abría y le mostraba una calle que le invitaba a correr.

Corrió por las calles. Miraba su imagen quebrarse y resurgir en los escaparates. Cruzó el puente. La pensión quedó atrás y supo lo que allí dejaba, pero ya no podía parar de correr. El monedero latía en su mano como un segundo corazón.